

## ESE PLÁCIDO MEDITERRÁNEO



A principios de noviembre de 1995, como otras muchas veces, el Mediterráneo fue noticia por el violento temporal que se desató junto a las costas españolas de Cataluña y la isla de Menorca. Les azotaron vientos que los franceses llaman Mistral y que nosotros conocemos como Tramontana. La Transat de los Alisios, una conocida regata gala acababa de dar su salida desde Marsella. Participan 29 barcos de esloras comprendidas entre los 7 y los 16 metros, cuyo primer destino era la ciudad marroquí de Casablanca, para navegar después hasta el mar Caribe. Los partes meteorológicos previos a la salida anunciaron vientos de fuerza 8 –unos 70 km por hora- y mar formada del NW. La mayor parte de los veleros participantes decidieron entrar de arribada en un puerto, pero unos pocos decidieron continuar.

El jueves 2 de noviembre en alta mar soplan ya vientos de 50 nudos –cerca de 100km hora-, y las olas alcanzan los 6 metros de altura. La primera llamada de emergencia la escucharon en Toulon a las 9 de la mañana: se trataba del Cristallin, un Serena de 10 metros. Cuado el helicóptero del Servicio de Rescate llega sobre él, sus tripulantes ven un casco sin palo a merced de la mar y a sus tres ocupantes atados en la bañera esperando la ayuda. Fueron subidos hasta la aeronave y puestos sanos y salvos en tierra.

Solo una hora más tarde la señal que emite la baliza de emergencia de la embarcación Parsifal es localizada en el Sarsat-Cospas de Toulouse: se trata de un barco de un solo palo de 16 metros construido con madera en los astilleros italianos Carlino en 1992. Lleva 9 hombres a bordo, pero sólo lograrán sobrevivir 3. El velero recibió el impacto de una superola que arrancó el tambucho principal y se llevó el palo consigo. Se hundió en menos de tres minutos. Uno de los supervivientes diría después: “Atamos varios salvavidas, defensas y bidones y tratamos de permanecer juntos, pues la balsa también había desaparecido. A partir de ese momento empezamos una agonía de 18 horas en la que fui perdiendo a mis compañeros: unos, simplemente se ahogaron, otros, murieron de frío”.

El viernes 3 el viento es endiablado y las rachas llegan a los setenta nudos, casi 140 km hora. El catamarán Bayete de 44 pies volcó, de sus 5 tripulantes sólo uno resistiría asido al casco hasta la llegada de ayuda; los otros 4 murieron por el cansancio y el frío. Y el pequeño Maiaco, un Feelin de 10´90 metros, también volcó, pero un helicóptero francés logró recuperar a todos sus tripulantes. También el N´Gor II puso su quilla al sol, y tripulantes fueron recuperados por un mercante griego.

El viento llega en ocasiones a los 75 nudos –unos 150 km por hora- y la mar se hace impracticable. Las espumas son tan densas que es imposible posicionarse. Las olas llegan de todos los lados barriendo cuanto encuentran a su paso. El ruido es ensordecedor y los barcos apenas pueden gobernarse en

medio de este caos. El balance final de tan colosal mar fue, 10 muertos, 17 personas rescatadas por los helicópteros y 6 barcos hundidos.

La conclusión es clara: otra vez las partes meteorológicos fueron demasiado benignos, por eso, cada vez que escuchemos que los vientos alcanzarán fuerza 7 -60km por hora-, es mejor no hacernos a la mar o buscar refugio, pues es muy difícil predecir la evolución de estas partes. Comprobaréis que la colocación de las balsas salvavidas también es de vital importancia, así como disponer de trajes de supervivencia y arneses de seguridad. La efectividad de las balizas de emergencia fue vital para dirigir a los rescatadores hasta las coordenadas de los naufragios. Y la serenidad y paciencia de los que se salvaron nos demuestran de una forma muy especial que, para sobrevivir a la mar, no sólo hace falta un barco fuerte y bien pertrechado; la fortaleza psicológica y la preparación física pueden ser la diferencia entre la vida o la muerte.